mémora Fundación
comprometidos con la vida

Fórum de debate

Hacia una Sociedad Cuidadora

Feminismo

ciudades que cuidan

1. Introducción 4
2. La crisis de los cuidados 6
3. Nuevas vías de análisis y reflexión 8

«Feminismo y cuidados»

Barcelona
Noviembre, 2021

CC BY NC ND

Autor

Margarita León Borja

Licenciada en Sociología por la Universidad de Alicante. Maestría en Investigación en Sociología por la Universidad de Essex (UK). Doctora en Política Social por la London School of Economics. Ha sido investigadora Marie Curie en el Instituto Universitario Europeo de Florencia (2000-2003); profesora de política pública comparada en la Universidad de Kent (2004-2010); investigadora "Ramon y Cajal" en el Instituto de Gobierno y Políticas Públicas (2010-2015); y *Fulbright visiting scholar* en la Universidad de Berkeley, California (2018).

Actualmente es profesora titular de Ciencias Políticas e investigadora del Instituto de Gobierno y Políticas (IGOP) de la Universitat Autònoma de Barcelona. Miembro de European Social Policy Netwokd (Espanet). Copresidenta de la Red Española de Política Social (REPS). Directora académica del Consorcio Universidad Internacional Menéndez y Pelayo Barcelona (CUIMPB)-Centre Ernest Lluch (marzo 2021).

Ha sido galardonada con el premio ICREA Acadèmia (2018).

Promoción, Coordinación y Edición

mémora Fundación
comprometidos con la vida

1 Introducción

«Desde el feminismo, se señaló a la división sexual del trabajo entre el ámbito público y el privado como el principal responsable de la desigualdad entre hombres y mujeres»

El término "cuidados" (*care* en inglés) tiene una larga genealogía. Es un término polisémico y versátil. Representa muchas cosas a la vez. Es trabajo, recursos, relaciones, afectos. Es compromiso y obligación. Son políticas públicas y es mercado. La palabra "cuidados" ha evolucionado desde perspectivas académicas tan distintas que puede ser más acertado considerarlo como un concepto que engloba otros conceptos. Lo que hoy es un ámbito de conocimiento con un vastísimo corpus teórico y analítico, estuvo, en sus orígenes, circunscrito al trabajo reproductivo que ejercen las mujeres de puertas hacia dentro. Desde el feminismo, se señaló a la división sexual del trabajo entre el ámbito público y el privado como el principal responsable de la desigualdad entre hombres y mujeres de las sociedades modernas en términos de bienestar material y oportunidades, pero también en el reconocimiento de derechos sociales y políticos. Fisher y Tronto (1990) fueron pioneras en articular una definición de los cuidados que desafiara la construcción del sujeto moderno como un individuo racional, libre y autónomo, sin dependencias de ninguna clase. Como bien relata Victoria Camps en *Tiempo de cuidados*, el tiempo fue poniendo de manifiesto el reduccionismo implícito en esta concepción liberal de ciudadanía. Lo que el *homo economicus* tiene de vulnerable, material y corpóreo permanece oculto y reprimido (pág. 24). Pero, aunque la idea sea tan abstracta que difícilmente puede guardar relación con la realidad, fue el punto de partida del desarrollo de las democracias liberales y los Estados del bienestar modernos y sigue todavía hoy explicando la residualidad de los sistemas de cuidados en el conjunto de las políticas sociales. Mujeres, niños, personas con discapacidad física o mental, ancianas y ancianos desvalidos, accedían al Estado social no como ciudadanos y ciudadanas sujetos de derecho, sino a través de su condición de dependientes. La beneficencia social ha tenido siempre una condición subalterna. Se ocupa de lo frágil y concreto. Asiste, pero no da poder. No aspira a valores igualitarios, sino que atiende al valor moral de atender al prójimo.

Ha hecho falta mucho tiempo para otorgar a la palabra "cuidados" valor como concepto político en las teorías sobre justicia social. Desde la Administración y los propios servicios públicos, sea sanidad, educación o servicios sociales, la profesionalidad se ha construido desde la lógica de los saberes técnicos, de la eficiencia y la racionalidad, más que desde lógicas relacionales y de apoyo mutuo. Como si fuera posible separar una cosa de la otra. El personal médico o docente cura o trasmite saber, pero no se le presupone responsabilidad de cuidados, ya que hay otras manos, menos expertas, que se encargan de que no caigas. La arbitrariedad de esas fronteras ha ido quedando cada vez más en evidencia con las transformaciones sociales propias de nuestro tiempo. Cuando una persona anciana ocupa una cama de hospital, ¿está siendo atendida solo médicamente? ¿Cuándo niñas y niños que todavía ni hablan ni caminan acuden a la escuela, cumple esta una función meramente educativa? ¿Cuánto de la función rehabilitadora y restaurativa de los sistemas penitenciarios consiste en humanizar estas instituciones atendiendo a necesidades de cuidado que van mucho más allá de las tradicionales funciones de custodia y castigo? La incorporación de las mujeres al espacio público ha contribuido, de manera esencial, a diluir estas fronteras entre lo que no es y es cuidado, dejando al descubierto las contradicciones de una organización social que no reconoce ni visibiliza la cantidad de rutinas diarias vinculadas a la ineludible tarea de nuestra reproducción. Cuando una parlamentaria acude a una votación al Congreso con su bebé lactante, está reivindicando el voto telemático para madres con otras responsabilidades ineludibles. Es un acto de rebeldía similar al de un parlamentario que se planta con su silla de ruedas a los pies de la tribuna de oradores porque nadie hasta entonces reparó en la necesidad de ponerle rampas a un edifico repleto de escaleras. Son lo que Camps llama *"éticas de casos"*, éticas aplicadas que plantean dilemas concretos que necesitan respuestas específicas. La democracia también es esto.

La incorporación de las mujeres al mercado laboral provocó un cambio de rumbo fenomenal en la relación entre el Estado y el ámbito reproductivo. En los países nórdicos, pioneros en desarrollar un Estado del bienestar igualitario, el apoyo a la participación de las mujeres en el empleo provocó una extraordinaria intervención del Estado en la vida cotidiana de las personas, socializando antes que nadie el cuidado a la temprana infancia y a la vejez. De hecho, el propio aparato estatal se convirtió en una fuente de empleo para mujeres gracias a la institucionalización de tareas tradicionalmente desempleñadas en casa. Ciertamente, la creciente intervención del Estado moderno en el ámbito privado a través de políticas dirigidas a las familias y en especial a las mujeres, corrió en paralelo al debilitamiento de formas de control estatal sobre la reproducción poco democráticas, generalizadas a principios de siglo XX. A partir de la incorporación de las mujeres al ámbito productivo, los Estados pusieron en marcha políticas que socializaban aspectos claves de las tareas reproductivas. Visto en perspectiva, las reivindicaciones feministas por la igualdad tuvieron un éxito rotundo no solo político, sino también en cuanto a su capacidad para moldear el capitalismo. Nancy Fraser las llama *"batallas de fronteras"* en cuanto a que marcan cambios de época en la separación entre ámbitos considerados aislados unos de otros como el de la economía y la sociedad, la producción y la reproducción, o el trabajo y la familia. Sin embargo, más que resolver el problema de la desigualdad vinculada a los cuidados, lo que ha tenido lugar es un desplazamiento, una creciente dualización de la reproducción social, mercantilizada para quien puede pagar, privada para quien no. La emancipación, hasta cierto punto, en cualquier caso, de las obligaciones reproductivas de las mujeres de alto nivel formativo y alta expectativa profesional, no ha provocado un proceso paralelo de reparto de los tiempos de trabajo y de cuidado más equitativo entre hombres y mujeres dentro del hogar. En parte porque las políticas de conciliación y de apoyo al empleo femenino solo recientemente se han preocupado por la corresponsabilidad. El vacío se ha ido ocupando, alentado también por procesos de carácter más global como los flujos migratorios internacionales, con mano de obra escasamente remunerada. Esto no ha hecho más que repercutir sobre lo que conocemos por "crisis de los cuidados" y que Fraser atribuye a las propias contradicciones inherentes al capitalismo.

2 La crisis de los cuidados

Para algunos, la crisis de los cuidados hace referencia a la escasez de oferta en el contexto de una creciente demanda. El envejecimiento de las sociedades y las caídas generalizadas de la natalidad proyectan unos escenarios para los que la mayoría de los Estados del bienestar no tienen respuesta en forma de política pública. En los cuidados a la dependencia, la presión de la demanda y la insuficiente inversión pública llevó ya desde principios de los años 90 a una progresiva mercantilización de los servicios. En un ámbito en el que la responsabilidad de los gobiernos no está bien delimitada, el terreno cedido a los mercados no parecía tener mayores consecuencias. Salvo en los países nórdicos que han sido capaces de promover cambios desde dentro del sistema sin erosionar el fuerte compromiso por la igualdad, en general, los cambios hacia una oferta diversificada, con una mayor intervención de los agentes privados y un mayor margen para elegir servicios por parte de los usuarios, termina por crear rutas de acceso que culminan en una mayor desigualdad por grupos sociales. En los países con una fuerte presencia de actores promercado en la provisión de servicios de cuidado, las condiciones que regulan la calidad del servicio suelen ser escasas. La pandemia ha expuesto estas debilidades con toda su crudeza en las residencias geriátricas de muchos lugares del mundo. Las residencias de mayores fueron puntos ciegos por los que entró la COVID-19 porque las actuaciones de emergencias estuvieron centradas en los hospitales y tardaron demasiado en llegar a otras instituciones igualmente expuestas.

Los recursos no se movilizaron a tiempo, la protección a residentes y cuidadoras fue notoriamente insuficiente. La pandemia dejó en evidencia hasta qué punto la integración de los servicios sociosanitarios de la que hace tanto tiempo que hablamos continua siendo un tema pendiente. Cuando se establecen prioridades, el sistema de atención a la dependencia queda siempre relegado a un segundo lugar.

La extremada mortalidad en estos centros ha terminado por catapultar discusiones sobre la necesidad de reorientar el sector de cuidados en la agenda política. Estándares de calidad sin definir, elevada precariedad en las condiciones de trabajo, débil regulación y control públicos y mecanismos de gobernanza insuficientes son todo partes esenciales de esta discusión.

Desde las teorías feministas, por tanto, la crisis de los cuidados no es más que un reflejo de una reivindicación resuelta solo a medias. La paradoja es que al tiempo que buena parte de la reproducción social ha salido del ámbito privado de los hogares, hemos asistido a una especie de dualización y devaluación de todo lo que tiene que ver con el trabajo reproductivo. El cuidado externalizado en el mercado es un cuidado mal remunerado, con escasa seguridad laboral y casi nulas oportunidades de promoción. El término de las cadenas globales del cuidado (Hochschild, 2000) hace precisamente referencia al trasvase del trabajo de cuidados desde las regiones pobres a las ricas y que provoca una reproducción de las desigualdades con un claro componente transnacional e interseccional.

Los numerosos estudios que se han realizado sobre las cadenas globales del cuidado adoptan una perspectiva que va mucho más allá de la concepción clásica del cuidado como una labor puramente doméstica. Plantean cuestiones que van al centro de una economía política crítica que desvela relaciones asimétricas de poder facilitadas por los flujos migratorios globales de regiones pobres a ricas.

«Desde las teorías feministas, por tanto, la crisis de los cuidados no es más que un reflejo de una reivindicación resuelta solo a medias»

3 Nuevas vías de análisis y reflexión

Como ámbito de análisis académico, los cuidados se encuentran en la intersección entre diversas políticas y fenómenos sociales entrelazados. Desde una perspectiva conceptual, los estudios sobre el significado de los cuidados han evolucionado en importantes direcciones. La vía quizá más prolífica tiene que ver con las teorías de las capacidades de Amartya Sen y Martha Nussbaum. En su formulación original, las capacidades son oportunidades para tomar decisiones vitales, más allá de las condiciones materiales de vida. Esta perspectiva ha permitido abrir nuevas discusiones sobre aspectos éticos de algunas formas externalizadas del cuidado. Si la métrica se convierte en la justicia, la pregunta entonces se sitúa sobre percepciones de dignidad y bienestar tanto de quienes reciben cuidados como de quienes los dan. La teoría de las capacidades permite introducir consideraciones de carácter subjetivo, como por ejemplo la percepción de bienestar o felicidad que precisamente interrogan sobre el valor que se otorga al cuidado en una sociedad.

El paradigma de la inversión social que pone el énfasis en la necesidad de crear políticas que capaciten a los individuos también ha dado pie a nuevas perspectivas feministas sobre el cuidado. Las políticas de conciliación entre la vida familiar y la laboral, y las políticas de inversión en la temprana infancia forman parte de esta nueva aproximación que persigue nuevos equilibrios entre el crecimiento económico y el bienestar social, y que se ha centrado, sobre todo, en analizar los efectos redistributivos de las políticas de cuidado, en particular los servicios de atención a la temprana infancia.

La literatura especializada está lentamente

«Las capacidades son oportunidades para tomar decisiones vitales»

«La ética del cuidado hace mucho que plantea desafíos importantes a la propia idea de justicia social»

comenzando a unir debates en torno a la crisis del cuidado a otros sobre las grandes transiciones de nuestras sociedades contemporáneas. La pregunta clave es si la ética del cuidado puede ayudar a replantear la relación entre crecimiento y bienestar, por una parte –clave en las discusiones sobre emergencia climática– y trabajo y cambio tecnológico. La *"revolución implacable"* del capitalismo, como lo denomina Appleby (2011), ha creado enormes oportunidades, pero también ha generado conflictos amargos y, sin duda, el más importante de estos es la amenaza a nuestra propia supervivencia. Argumentos a favor de una economía verde y sostenible nos obligan a interrogarnos sobre el propio significado del trabajo productivo y reproductivo. Viejas preguntas recobran toda su actualidad. Qué significado le damos al cuidado que damos y recibimos de los demás, qué valor le damos a las responsabilidades y compromisos en nuestro entorno más próximo, conectan ahora con discusiones en torno al progreso humano. Economistas con vocación humanista como Stiglitz o Pikkety explican con sólida base empírica que hay algo profundamente erróneo con la manera en la que entendemos la economía y su beneficio. El primer paso para cambiar el obsoleto paradigma económico sería cambiar precisamente su métrica, porque el trabajo esencial para el sostenimiento de la vida es opaco a las contabilidades nacionales. Urge introducir en las métricas de progreso económico actividades por las que no media transacción económica y, en cambio, contribuyen a nuestra felicidad. Marilyn Waring en *If Women Counted* hablaba, a finales de los años 80, de la necesidad de encontrar mediciones precisas del valor que tiene el apoyo mutuo y las relaciones de cooperación como paso previo a conocer su aportación a la felicidad colectiva. Gracias a ese trabajo pionero, la economía feminista es hoy una subdisciplina reconocida y consolidada dentro de los estudios de Economía, que se ocupa en desvelar las formas en las que la organización social del cuidado no es solo injusto y poco eficiente, sino que también es insostenible.

Qué es lo que genera valor, y con qué parámetros medimos ese valor son preguntas que subyacen también a las incógnitas que rodean el efecto que tendrá la automatización sobre el trabajo humano. ¿En qué tipo de sociedad viviremos cuando una parte significativa del trabajo que realizamos hoy deje de realizarse por personas humanas?

Las búsquedas de futuros sostenibles nos llevan inevitablemente a tener que formular interrogantes sobre cómo organizar mejor recursos y tiempo. En última instancia, esto se convierte también en un tema de poder y de igualdad entre el norte y el sur, entre hombres y mujeres, entre personas de distintas edades, clases sociales, etnias y orientaciones sexuales. Desde aquí, Joan Tronto (2015) propone escrutinizar, a través de la política, las desigualdades inherentes al reparto de las responsabilidades del cuidado. La propuesta, en realidad, no es nueva. Como hemos visto, la ética del cuidado hace mucho que plantea desafíos importantes a la propia idea de justicia social pero continúa siendo una demanda pendiente. Todas las transformaciones pendientes, desde la emergencia climática, el aumento de la desigualdad, el envejecimiento de nuestras sociedades y los desafíos del cambio tecnológico exigen, de una manera u otra, la politización del concepto de cuidado.

Bibliografía

- Appleby, J. (2011). *The Relentless Revolution: A History of Capitalism*. New York: Norton Paperback.
- Daly, M., León, M., Pfau-Effinger, B., Ranci, C. & Rostgaard, T. (2021, forthcoming). Covid-19 and policies for care homes in European welfare states: Too little, too late? Accepted for publication in *Journal of European Social Policy.*
- Fisher, B. & Tronto, J. (1990). Toward a feminist theory of caring. In Abel, E.K. & Nelson, M.K. (eds), *Circles of Care Work and Identity in Women's Lives*, Albany, NY: State University of New York Press, pp. 36-54.
- Fraser, N. (2016). Contradictions of Capital and Care. *New Left Review,* 99-117.
- Gingrich, J. R. (2011). *Making Markets in the Welfare State: The Politics of Varying Market Reforms.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Hochschild, A. (2000). Global care chains and emotional surplus value. In Giddens, A. and Hutton, W. (eds). *On the Edge: Living with Global Capitalism*, London: Vintage, pp. 130-146.
- Knijn, T. & Kremer, M. (1997). Gender and the caring dimension of welfare states: Towards inclusive citizenship, *Social Politics*, 4 (3), 328-361.
- León, M. (ed). (2014). *The Transformation of Care in European Societies*, Basingstoke, UK: Palgrave.
- Lutz, H. (2018). Care migration: the connectivity between care chains, care circulation and transnational social inequality. *Current Sociology,* 66 (4), 577-589.
- Stiglitz, J., Sen, A. & Fitoussi, J. P. (2010) *Mis-measuring our Life: Why GDP Doesn´t Add Up.* New York: The New Press.
- Tronto, J. C. (1993). *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. London: Routledge.
- Tronto, J. (2015). *Who Cares? How to Reshape a Democratic Politics.* Cornell Selects.
- Waring, M. (1988). *If women counted: A new Feminist Economics* San Francisco: Harper Collins Publishers.

Las Ciudades que Cuidan

son ciudades amigables, compasivas, inteligentes y saludables, donde en el núcleo del modelo late con fuerza el concepto de cuidar, como el alma de la nueva urbe.

Una ciudad que cuida

ha de ser referente para que sus ciudadanos puedan envejecer activa y saludablemente, integrando los valores y los procesos que permitan abordar el final de la vida en paz y dignidad, enmarcada en un entorno de innovación y conocimiento basado en la creatividad y alta tecnología, y comprometida con la promoción y protección de la salud de todos sus ciudadanos.

www.ciudadesquecuidan.com

mémora Fundación
comprometidos con la vida